

---

# **El Canto Errante**

Rubén Darío

---

**textos.info**

Biblioteca digital abierta

## **Texto núm. 4044**

---

**Título:** El Canto Errante

**Autor:** Rubén Darío

**Etiquetas:** Poesía

---

**Editor:** Edu Robsy

**Fecha de creación:** 8 de octubre de 2018

**Fecha de modificación:** 8 de octubre de 2018

---

Edita **textos.info**

---

**Maison Carrée**

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

---

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El don de arte es un don superior que permite entrar en lo desconocido de antes y en lo ignorado de después, en el ambiente del ensueño o de la meditación. Hay una música ideal, como hay una música verbal. No hay escuelas: hay poetas. El verdadero artista comprende todas las maneras y halla la belleza bajo todas las formas. Toda la gloria y toda la eternidad están en nuestra conciencia.

Rubén

# **Dedicatoria**

A los nuevos poetas de las Españas

Rubén Darío

# Dilucidaciones

# I

El mayor elogio hecho recientemente a la Poesía y a los poetas ha sido expresado en lengua «anglosajona» por un nombre insospechable de extraordinarias complacencias con las nueve musas. Un yanqui. Se trata de Teodoro Roosevelt.

Ese Presidente de República juzga a los armoniosos portaliras con mucha mejor voluntad que el filósofo Platón. No solamente les corona de rosas; mas sostiene su utilidad para el Estado y pide para ellos la pública estimación y el reconocimiento nacional. Por esto comprenderéis que el terrible cazador es un varón sensato.

Otros poderosos de la tierra, príncipes, políticos, millonarios, manifiestan una plausible deferencia por el dios cuyo arco es de plata, y por sus sacerdotes o representantes en una tierra cada día más vibrante de automóviles... y de bombas. Hay quienes, equivocados, juzgan en decadencia el noble oficio de rimar y casi desaparecida la consoladora vocación de soñar. Esto no es ocasionado por el sport, hoy en creciente auge. Las más ilustres escopetas dejan en paz a los cisnes. La culpa de ese temor, de esa duda sobre la supervivencia de los antiguos ideales, la tiene, entre nosotros, una hora de desencanto que, en la flor de la juventud —hace ya algunos lustros— sufrió un eminente colega —he nombrado a Gedeón—, cuando, entre los intelectuales de su cenáculo, presentó la célebre proposición sobre «si la forma poética está llamada a desaparecer». ¡Ah, triste profesor de estética, aunque siempre regocijado y poliforme periodista! La forma poética, es decir, la de la rosada rosa, la de la cola del pavo real, la de los lindos ojos y frescos labios de las sabrosas mozas no desaparece bajo la gracia del sol. Y en cuanto a la que preocupó siempre a líricos dómynes, desde el divino Horacio a don Josef Mamerto Gómez Hermosilla, ella sigue, persiste, se propaga y hasta se revoluciona, con justo escándalo de nuestro venerable maestro Benot, cuya sabiduría respeto y cuya intransigencia hasta deseos me inspira de

aplaudir. Aplaudamos siempre lo sincero, lo consciente, y lo apasionado sobre todo.

## II

No. La forma poética no está llamada a desaparecer, antes bien a extenderse, a modificarse, a seguir su desenvolvimiento en el eterno ritmo de los siglos. Podrá no haber poetas, pero siempre habrá poesía, dijo uno de los puros. Siempre habrá poesía y siempre habrá poetas. Lo que siempre faltará será la abundancia de los comprendedores, porque, como excelentemente lo dice el señor de Montaigne, y Azorín, mi amigo, puede certificarlo, «nous avons bien plus de poètes que de juges et interprètes de poésie; il est plus aisé de la faire que de la connaître». Y agrega: «A certaine mesure basse, on la peut juger par les préceptes et par art: mais la bonne, la suprême, la divine, est au dessus des règles et de la raison».

Quizá porque entre nosotros no es frecuentemente servida la divina, la buena, la suprema, se usa, por lo general la «mesure basse». Mas no hace sino aumentar el gusto por los conceptos métricos. La alegría tradicional tiene sus representantes en regocijados versificadores, en casi todos los diarios. El órgano serio y grave, el Temps madrileño, tiene en su crítico autorizado, en su Gastón Deschamps, vamos al decir, un espíritu jovial que, a pesar de tareas trascendentales, no desdeña los entretenimientos de la parodia.

Quedamos, pues, en que la hermandad de los poetas no ha decaído, y aun pudiera renovar algún trecenazgo. Asuntos estéticos acaloran las simpatías y las antipatías. Las violencias o las injusticias provocan naturales reacciones. Los más absurdos propósitos se confunden con generosas campañas de ideas. Mucha parte del público no sabe de lo que se trata, pues los encargados de informarla no desean; en su mayoría, informarse a sí mismos. El diletantismo de otros es poco eficaz en la mediocracia pensante. Una afligente audacia confunde mal aprendidos nombres y mal escuchadas nociones del vivir de tales o cuales centros intelectuales extranjeros. Los nuevos maestros se dedican, más que a luchar en compañía de las nuevas falanges, al cultivo de lo que los teólogos llaman *appetitus inordinatus propiae excellentiae*.

Existe una élite, es indudable, como en todas partes, y a ellas se debe la



conservación de una íntima voluntad de pura belleza, de incontaminado entusiasmo. Mas en ese cuerpo de excelentes he ahí que uno predica lo arbitrario; otro; el orden, otro la anarquía, y otro aconseja, con ejemplo y doctrina, un sonriente, un amable escepticismo. Todos valen. Mas ¿qué hace este admirable hereje, este jansenista, carne de hoguera, que se vuelve contra un grupo de rimadores de ensueños y de inspiraciones, a propósito de un nombre de instrumento que viene del griego? ¡Cuando, por el amor del griego, se nos debía abrazar! Y ese antaño querido y rústico anfión —natural y fecundo como el chorro de la fuente, como el ruiseñor, como el trigo de la tierra—, ¿por qué me lapida, o me hace lapidar, desde su heredad, porque paso con mi sombrero de Londres o mi corbata de París? Y a los jóvenes, a los ansiosos, a los sedientos de cultura, de perfeccionamiento, o simplemente de novedad, o de antigüedad, ¿por qué se les grita: «¡haced esto!» , o «¡haced lo otro!» , en vez de dejarles bañar su alma en la luz libre, o respirar en el torbellino de su capricho? La palabra whim tenía escrita en su cuarto de labor un fuerte hombre de pensamiento cuya sangre no era latina.

Precepto, encasillado, costumbres; clisé... vocablos sagrados. Anatema sit al que sea osado a perturbar lo convenido de hoy, o lo convenido de ayer. Hay un horror de futurismo, para usar la expresión de este gran cerebral y más grande sentimental que tiene por nombre Gabriel Alomar, el cual será descubierto cuando asesine su tranquilo vivir, o se tire a un improbable Volga en una Riga no aspirada.

El movimiento que en buena parte de las flamantes letras españolas me tocó iniciar, a pesar de mi condición de «meteco»; echado en cara de cuando en cuando por escritores poco avisados, ha hecho que El Imparcial me haya pedido estas dilucidaciones. Alégrame el que puede serme propicia para la nobleza del pensamiento y la claridad del decir esta bella isla en donde escribo, esta Isla de Oro, «isla de poetas, y aun de poetas que, como usted, hayan templado su espíritu en la contemplación de la gran naturaleza americana», como me dice en gentiles y hermosas palabras un escritor apasionado de Mallorca. Me refiero a don Antonio Maura, Presidente del Consejo de Ministros de Su Majestad Católica.

### III

Un espíritu tan penetrante como ágil, un inglés pensante de los mejores, Arthur Symons, expresaba recientemente:

«La Naturaleza, se nos dice, trabaja según el principio de las compensaciones; y en Inglaterra, donde hemos tenido siempre pocos grandes hombres en la mayor parte de las artes, y un nivel general desesperadamente incomprensivo, me parece descubrir un ejemplo brillante de compensaciones. El público, en Inglaterra, me parece ser el menos artístico y el menos libre del mundo, pero quizás me parece eso porque yo soy inglés y porque conozco ese público mejor que cualquier otro». Hay artistas descontentos en todas partes, que aplican a sus países respectivos el pensar del escritor británico. Yo, sin ser español de nacimiento, pero ciudadano de la lengua, llegué en un tiempo a creer algo parecido de España. De esto hace ya algunos años... Creía a España impermeable a todo rocío artístico que no fuera el que cada mañana primaveral hacía reverdecer los tallos de las antiguas flores de retórica, una retórica que aun hoy mismo juzgan aquí imperante los extranjeros. Ved lo que dice el mismo Symons: «Me pregunto si algún público puede ser, tanto como el público inglés, incapaz de considerar una obra de arte como obra de arte, sin pedirle otra cosa. Me pregunto si esta laguna, en el instinto de una raza que posee en sí el instinto de la creación, señala un disgusto momentáneo de la belleza, debido a las influencias puritanas, o bien simplemente una inatención peor aún, que provendría de ese aplastador imperialismo que aniquila las energías del país. No hay duda de que la muchedumbre es siempre ignorante, siempre injusta; pero ¿hay otras muchedumbres opuestas con tanta persistencia al arte, porque es arte, como el público inglés? Otros países tienen sus preferencias: Italia y España por dos especies de retórica; Alemania, exactamente por lo contrario de lo que aconsejaba Heine cuando decía: "¡Ante todo, nada de énfasis!". Pero yo no veo en Inglaterra ninguna preferencia, aun por una mala forma de arte». El predominio en España de esa especie de retórica, aun persistente en señalados reductos, es lo que combatimos los que luchamos por nuestros ideales en nombre de la amplitud de la cultura y de la libertad.

No es, como lo sospechan algunos profesores o cronistas, la importación de otra retórica, de otro poncif, con nuevos preceptos, con nuevo encasillado, con nuevos códigos. Y, ante todo, ¿se trata de una cuestión de formas? No. Se trata, ante todo, de una cuestión de ideas.

El clisé verbal es dañoso porque encierra en sí el clisé mental, y juntos perpetúan la anquilosis, la inmovilidad. Y debo hacer un corto paréntesis, *pro domo mea*. No habría comenzado la exposición de estos mis modos de ver sin la amable invitación de Los lunes de El Imparcial, hoja gloriosa desde días memorables en que ofreciera sus columnas a los pareceres estéticos de maestros hoy por todos venerados y admirados. No soy afecto a polémicas. Me he declarado, además, en otra ocasión, y con placer íntimo, el ser menos pedagógico de la tierra. Nunca he dicho: «lo que yo hago es lo que se debe hacer». Antes bien, y en las palabras liminares de mis Prosas profanas, cité la frase de Wagner a su discípula Augusta Holmes «Sobre todo, no imitar a nadie, y mucho menos, a mí». Tanto en Europa como en América se me ha atacado con singular y hermoso encarnizamiento. Con el montón de piedras que me han arrojado, pudiera bien construirme un rompeolas que retardase en lo posible la inevitable creciente del olvido... Tan solamente he contestado a la crítica tres veces, por la categoría de sus representantes, y porque mi natural orgullo juvenil, ¡entonces! recibiera también flores de los sagitarios. Por lo demás, ellos se llamaban Max Nordau, Paul Groussac, Leopoldo Alas.

No creo preciso poner cátedra de teorías de aristos. Aristos, para mí, en este caso, significa, sobre todo, independientes. No hay mayor excelencia. Por lo que a mí toca, si hay quien me dice, con aire alemán y con lenguaje un poco bíblico: «Mi verdad es la verdad», le contesto: «Buen provecho. Déjeme usted con la mía, que así me place, en una deliciosa interinidad».

## IV

Deseo también enmendar algún punto en que han errado mis defensores, que buenos los he tenido en España. Los maestros de la generación pasada nunca fueron sino benévolos y generosos conmigo. Los que en estos asuntos se interesan no ignoran que Valera, en estas mismas columnas, fue quien dio a conocer con un gentil entusiasmo muy superior a su ironía, la pequeña obra primigenia que inició allá en América la manera de pensar y de escribir que hoy suscita, aquí y allá, ya inefables, ya truculentas controversias. Campoamor fue para mí lo que testigos eminentes —entre ellos José Verdes Montenegro— pudieran certificar. Castelar me dio pruebas de intelectual estímulo. Núñez de Arce, cuando estuve en Madrid por la primera vez, como delegado de mi país natal, a las fiestas colombinas, fue tan entusiasta conmigo, que hizo todo lo posible porque me quedara en la Corte. Habló al respecto con Cánovas del Castillo —otro ilustre y bondadoso amigo mío—, y Cánovas escribió al Marqués de Comillas solicitando para mí un puesto en la Trasatlántica. Entretanto yo partí. No, sin que antes en las tertulias de Valera se aplaudiesen y se criticasen algunos de los que llamaban mis atrevimientos líricos, que —eran entonces, lo confieso, muy inocentes, y apenas de un modesto parnasianismo: Elogio de la seguidilla; un «Pórtico» para el libro *En tropel*, de Salvador Rueda. Mis versos fueron bien recibidos la primera vez que hablara ante un público español —fue en una velada en que tomaba parte don José Canalejas—. Rueda me alababa, no tanto como yo a él. Mas mis amigos literarios, además de los que he nombrado, se llamaban entonces Manuel del Palacio, Narciso Campillo, el Duque de Almenara, el Conde de las Navas, don Luis Vidart, don Miguel de los Santos Álvarez... Me apresuro a decir que yo tenía la grata edad de veinticinco años.

Estos cortos puntos de autobiografía literaria son para hacer notar que se equivocan los que afirman que yo no he sido bien acogido por los dirigentes anteriores. En esos mismos tiempos mi ilustre amiga doña Emilia Pardo Bazán se dio la voluptuosidad de hacerme recitar versos en su salón, en compañía del autor de Pedro Abelardo... Y mis aficiones clásicas encontraban un consuelo con la amistosa conversación de cierto

joven maestro que vivía, como yo, en el hotel de las Cuatro Naciones; se llamaba, y se llama hoy en plena gloria, Marcelino Menéndez y Pelayo. Él fue quien, oyendo una vez a un irritado censor atacar mis versos del «Pórtico» a Rueda, como peligrosa novedad,

...y esto pasó en el reinado de Hugo,  
emperador de la barba florida,

dijo: «Esos son sencillamente los viejos endecasílabos de gaita gallega:

Tanto bailé con el ama del cura,  
tanto bailé que me dio calentura».

Y yo aprobé. Porque siempre apruebo lo correcto, lo justo y lo bien intencionado. Yo no creía haber inventado nada... Se me había ocurrido la cosa como a Valmajour el tamborilero de Provenza... O había «pensado musicalmente»; según el decir de Carlyle, esa mala compañía.

Desde entonces hasta hoy, jamás me he propuesto ni asombrar al burgués, ni martirizar mi pensamiento en potros de palabras.

No gusto de «moldes», nuevos ni viejos... Mi verso ha nacido siempre con su cuerpo y su alma, y no le he aplicado ninguna clase de ortopedia. He, sí, cantado aires antiguos; y he querido ir hacia el porvenir, siempre bajo el divino imperio de la música —música de las ideas, música del verbo.

## V

«Los pensamientos e intenciones de un poeta son su estética», dice un buen escritor. Que me place. Pienso que el don de arte es aquel que de modo superior hace que nos reconozcamos íntima y exteriormente ante la vida. El poeta tiene la visión directa e introspectiva de la vida y una supervisión que va más allá de lo que está sujeto a las leyes del general conocimiento. La religión y la filosofía se encuentran con el arte en tales fronteras, pues en ambas hay también una ambiciencia artística. Estamos lejos de la conocida comparación del arte con el juego. Andan por el mundo tantas flamantes teorías y enseñanzas estéticas... Las venden al peso, adobadas de ciencia fresca, de la que se descompone más pronto, para aparecer renovada en los catálogos y escaparates pasado mañana.

Yo he dicho: Cuando dije que mi poesía era «mía en mí», sostuve la primera condición de mi existir, sin pretensión ninguna de causar sectarismo en mente o voluntad ajena, y en un intenso amor a lo absoluto de la Belleza. Yo he dicho: Ser sincero es ser potente. La actividad humana no se ejercita por medio de la ciencia y de los conocimientos actuales, sino en el vencimiento del tiempo y del espacio. Yo he dicho: Es el Arte el que vence el espacio y el tiempo. He meditado ante el problema de la existencia y he procurado ir hacia la más alta idealidad. He expresado lo expresable de mi alma y he querido penetrar en el alma de los demás, y hundirme en la vasta alma universal. He apartado asimismo, como quiere Schopenhauer, mi individualidad del resto del mundo, y he visto con desinterés lo que a mí yo parece extraño, para convencerme de que nada es extraño a mi yo. He cantado, en mis diferentes modos, el espectáculo multiforme de la naturaleza y su inmenso misterio. He celebrado el heroísmo, las épocas bellas de la historia, los poetas, los ensueños, las esperanzas. He impuesto al instrumento lírico mi voluntad del momento, siendo a mi vez órgano de los instantes, vario y variable, según la dirección que imprime el inexplicable Destino.

Amador de la cultura clásica, me he nutrido de ella, mas siguiendo el paso de mis días. He comprendido la fuerza de las tradiciones en el pasado, y de las previsiones en lo futuro. He dicho que la tierra es bella, que en el

arcano del vivir hay que gozar de la realidad alimentados de ideal. Y que hay instantes tristes por culpa de un monstruo malhechor llamado Esfinge. Y he cantado también a ese monstruo malhechor. Yo he dicho:

Es incidencia la Historia. Nuestro destino supremo  
está más allá del rumbo que marcan fugaces las épocas.  
Y Palenke y la Atlántida no son más que momentos soberbios.  
Con que puntúa Dios los versos de su augusto Poema.

He celebrado las conquistas humanas y he, cada día, afianzado más mi seguridad de Dios. De Dios y de los dioses. Como hombre, he vivido en lo cotidiano; como poeta, no he claudicado nunca, pues siempre he tendido a la eternidad. Todo ello para que, fuera de la comprensión de los que me entienden con intelecto de amor, haga pensar a determinados profesores en tales textos; a la cuquería literaria, en escuelas y modas; a este ciudadano, en el ajenjo del Barrio Latino, y el otro, en las decoraciones «arte nuevo» de los bars y music halls. He comprendido la inanidad de la crítica. Un diplomado os alaba por lo menos alabable que tenéis: y otro os censura en mal latín o en esperanto. Este doctor de fama universal os llama aquí «ese gran talento de Rubén Darío», y allá os inflige un estupefaciente desdén... Este amigo os defiende temeroso. Este enemigo os cubre de flores, pidiéndoos por lo bajo una limosna. Eso es la literatura... Eso es lo que yo abomino. Maldígame la potencia divina si alguna vez, después de un roce semejante, no he ido al baño de luz lustral que todo lo purifica: la autoconfesión ante la única Norma.

## VI

Jamás he manifestado el culto exclusivo de la palabra por la palabra. «Las palabras —escribe el señor Ortega y Gasset, cuyos pensares me halagan—, las palabras son logaritmos de las cosas, imágenes, ideas y sentimientos, y por tanto, sólo pueden emplearse como signos de valores, nunca como valores». De acuerdo. Mas la palabra nace juntamente con la idea, o coexiste con la idea, pues no podemos darnos cuenta de la una sin la otra. Tal mi sentir, a menos que alguien me contradiga después de haber presenciado el parto del cerebro, observando con el microscopio los neurones de nuestro gran Cajal.

En el principio está la palabra como única representación. No simplemente como signo, puesto, que no hay antes nada que representar. En el principio está la palabra como manifestación de la unidad infinita, pero ya conteniéndola. *Et verbum erat Deum.*

La palabra no es en sí más que un signo, o una combinación de signos; mas lo contiene todo por la virtud demiúrgica. Los que la usan mal serán los culpables si no saben manejar esos peligrosos y delicados medios. Y el arte de la ordenación de las palabras no deberá estar sujeto a imposición de yugos, puesto que acaba de nacer la verdad que dice: el arte no es un conjunto de reglas, sino una armonía de caprichos.

Yo no soy iconoclasta. ¿Para qué? Hace siempre falta a la creación el tiempo perdido en destruir. Malhaya la filosofía que viene de Alemania, que viene de Inglaterra o que viene de Francia, si ella viene a quitar, y no a dar. Sepamos que muchas de esas cosas flamantes importadas, yacen, entre polillas, en ancianos infolios españoles. Y las que no, son pruebas por corregir para la edición de mañana, en espera de una sucesión de correcciones. Se está ahora, editorialmente —en Palma de Mallorca—, desenterrando de sus cenizas a un Lulio. ¿Creéis que este fénix resucitado contenga menos que lo que puede dar a la percepción filosófica de hoy cualquiera de los reporters usuales en las cátedras periodísticas y más o menos sorbónicas del día?



Construir, hacer, ¡oh, juventud! Juntos para el templo; solos para el culto. Juntos para edificar; solos para orar. Y la constancia no será la menor virtud, que en ella va la invencible voluntad de crear. Mas si alguien dijera: «Son cosas de ideólogos», o «son cosas de poetas», decir que no somos otra cosa. Es expresar: además del cerdo y del cisne, que nos han adjudicado ciertos filósofos, tenemos el ángel.

¡Tener ángel, Dios mío! Pido exégetas andaluces.

Resumo: La poesía existirá mientras exista el problema de la vida y de la muerte. El don de arte es un don superior que permite entrar en lo desconocido de antes y en lo ignorado de después, en el ambiente del ensueño o de la meditación. Hay una música ideal como hay una música verbal. No hay escuelas; hay poetas. El verdadero artista comprende todas las maneras y halla la belleza bajo todas las formas. Toda la gloria y toda la eternidad están en nuestra conciencia.

Rubén Darío

## El canto errante

El cantor va por todo el mundo  
sonriente o meditabundo.

El cantor va sobre la tierra  
en blanca paz o en roja guerra.

Sobre el lomo del elefante  
por la enorme India alucinante.

En palanquín y en seda fina  
por el corazón de la China;

en automóvil en Lutecia;  
en negra góndola en Venecia;

sobre las pampas y los llanos  
en los potros americanos;

por el río va en la canoa,  
o se le ve sobre la proa

de un steamer sobre el vasto mar,  
o en un vagón de sleeping-car.

El dromedario del desierto,  
barco vivo, le lleva a un puerto.

Sobre el raudo trineo trepa  
en la blancura de la estepa.

O en el silencio de cristal  
que ama la aurora boreal.

El cantor va a pie por los prados,  
entre las siembras y ganados.

Y entra en su Londres en el tren,  
y en asno a su Jerusalén.

Con estafetas y con malas,  
va el cantor por la humanidad.

El canto vuela, con sus alas:  
Armonía y Eternidad.

# Intensidad

## Metempsicosis

Yo fui un soldado que durmió en el lecho  
de Cleopatra la reina. Su blancura  
y su mirada astral y omnipotente.  
Eso fue todo.

¡Oh, mirada! ¡oh, blancura! y ¡oh, aquel lecho  
en que estaba radiante la blancura!  
¡Oh, la rosa marmórea omnipotente!  
Eso fue todo.

Y crujió su espinazo por mi brazo;  
y yo, liberto, hice olvidar a Antonio  
(¡oh, el lecho y la mirada y la blancura!).  
Eso fue todo.

Yo, Rufo Gato, fui soldado, y sangre  
tuve de Galia, y la imperial becerra  
me dio un minuto audaz de su capricho.  
Eso fue todo.

¿Por qué en aquel espasmo las tenazas  
de mis dedos de bronce no apretaron,  
el cuello de la blanca reina en broma?  
Eso fue todo.

Yo fui llevado a Egipto. La cadena  
tuve al pescuezo. Fui comido un día  
por los perros. Mi nombre, Rufo Galo.  
Eso fue todo.

1893

## A Colón

¡Desgraciado Almirante! Tu pobre América,  
tu india virgen y hermosa de sangre cálida,  
la perla de tus sueños, es una histérica  
de convulsivos nervios y frente pálida.

Un desastroso espíritu posee tu tierra:  
donde la tribu unida blandió sus mazas,  
hoy se enciende entre hermanos perpetua guerra,  
se hieren y destrozan las mismas razas.

Al ídolo de piedra reemplaza ahora  
el ídolo de carne que se entroniza,  
y cada día alumbra la blanca aurora  
en los campos fraternos sangre y ceniza.

Desdeñando a los reyes nos dimos leyes  
al son de los cañones y los clarines,  
y hoy al favor siniestro de negros Reyes  
fraternizan los Judas con los Caínes.

Bebiendo la esparcida savia francesa  
con nuestra boca indígena semi-española  
día a día cantamos la Marsellesa  
para acabar danzando la Carmañola.

Las ambiciones pérfidas no tienen diques,  
soñadas libertades yacen deshechas:  
¡Eso no hicieron nunca nuestros Caciques,  
a quienes las montañas daban las flechas!

Ellos eran soberbios, leales y francos,  
ceñidas las cabezas de raras plumas;  
¡ojalá hubieran sido los hombres blancos  
como los Atahualpas y Moctezumas!

Cuando en vientres de América cayó semilla  
de la raza de hierro que fue de España,  
mezcló su fuerza heroica la gran Castilla  
con la fuerza del indio de la montaña.

¡Pluguiera a Dios las aguas antes intactas  
no reflejaran nunca las blancas velas;  
vieran las estrellas estupefactas  
arribar a la orilla tus carabelas!

Libres como las águilas, vieran los montes  
pasar los aborígenes por los boscajes,  
persiguiendo los pumas y los bisontes  
con el dardo certero de sus carcajes.

Que más valiera el jefe rudo y bizarro  
que el soldado que en fango sus glorias finca,  
que ha hecho gemir al zipa bajo su carro  
o temblar las heladas momias del Inca.

La cruz que nos llevaste padece mengua;  
y tras encanalladas revoluciones,  
la canalla escritora mancha la lengua  
que escribieron Cervantes y Calderones.

Cristo va por las calles flaco y enclenque,  
Barrabás tiene esclavos y charreteras,  
y las tierras del Chibcha, Cuzco y Palenque  
han visto engalonadas a las panteras.

Duelos, espantos, guerras, fiebre constante  
en nuestra senda ha puesto la suerte triste:  
¡Cristóforo Colombo, pobre Almirante,  
ruega a Dios por el mundo que descubriste!

1892

## Momotombo

*O vieux Momotombo, colosse chauve et nu...*

Victor Hugo

El tren iba rodando sobre sus rieles. Era  
en los días de mi dorada primavera  
y era en mi Nicaragua natal.  
De pronto, entre las copas de los árboles, vi  
un cono gigantesco, «calvo y desnudo», y  
lleno de antiguo orgullo triunfal.

Ya había yo leído a Hugo y la leyenda  
que Squire le enseñó. Como una vasta tienda  
vi aquel coloso negro ante el sol,  
maravilloso de majestad. Padre viejo  
que se duplica en el armonioso espejo  
de un agua perla, esmeralda, col.

Agua de un vario verde y de un gris tan cambiante,  
que discernir no deja su ópalo y su diamante,  
a la vasta llama tropical.  
¡Momotombo se alzaba lírico y soberano,  
yo tenía quince años: una estrella en la mano!  
Y era en mi Nicaragua natal.

Ya estaba yo nutrido de Oviedo y de Gomara,  
y mi alma florida soñaba historia rara,  
fábula, cuento, romance, amor  
de conquistas, victorias de caballeros bravos,  
incas y sacerdotes, prisioneros y esclavos,  
plumas y oro, audacia, esplendor.

Y llegué y vi en las nubes la prestigiosa testa  
de aquel cono de siglos, de aquel volcán de gesta,



que era ante mí de revelación.  
Señor de las alturas, emperador del agua,  
a sus pies el divino lago de Managua,  
con islas todas luz y canción.

¡Momotombo! —exclamé— ¡oh nombre de epopeya!  
Con razón Hugo el grande en tu onomatopeya  
ritmo escuchó que es de eternidad.  
Dijérase que fueses para las sombras dique,  
desde que oyera el blanco la lengua del cacique  
en sus discursos de libertad.

Padre de fuego y piedra, yo te pedí ese día  
tu secreto de llamas, tu arcano de armonía,  
la iniciación que podías dar;  
por ti pensé en lo inmenso de Osas y Peliones,  
en que arriba hay titanes en las constelaciones  
y abajo dentro la tierra y el mar.

¡Oh Momotombo ronco y sonoro! Te amo  
porque a tu evocación vienen a mí otra vez,  
obedeciendo a un íntimo reclamo  
perfumes de mi infancia, brisas de mi niñez.

¡Los estandartes de la tarde y de la aurora!  
Nunca los vi más bellos que alzados sobre ti,  
toda zafir la cúpula sonora  
sobre los triunfos de oro, de esmeralda y rubí.

Cuando las babilonias del Poniente  
en purpúreas catástrofes hacia la inmensidad  
rodaban tras la augusta soberbia de tu frente,  
eras tú como el símbolo de la Serenidad.

En tu incesante homalla vi la perpetua guerra,  
en tu roca unidades que nunca acabarán.  
Sentí en tus terremotos la brama de la tierra  
y la inmortalidad de Pan.

¡Con un alma volcánica entré en la dura vida,  
Aquilón y huracán sufrió mi corazón

y de mi mente mueven la cimera encendida  
huracán y Aquilón!

Tu voz escuchó un día Cristóforo Colombo;  
Hugo cantó tu gesta legendaria. Los dos  
fueron, como tú, enormes, Momotombo,  
montañas habitadas por el fuego de Dios.

¡Hacia el misterio caen poetas y montañas;  
y romperase el cielo de cristal  
cuando luchen sonando de Pan las siete cañas  
y la trompeta del Juicio final!

## Israel

¡Israel! ¡Israel! ¿Cuándo de tu divina  
faz en la sangre pura resbalará el diamante?  
¿Cuándo el viento del río hará que el arpa cante  
entre el concurso eterno de la brisa argentina?

¿Cuándo será la cabellera que se inclina  
agitada por un viento perseverante?  
¿Cuándo el brazo de luz dará al Judío Errante  
el vaso en que se abreve del agua cristalina?

¡Israel! ¡Israel! Eso será en la hora  
en que cante a los cielos la alondra pecadora  
y en el profundo abismo se conmueva el grande ojo.

Y cuando levantados el santo y el aristo,  
ponga su blanca mano nuestro príncipe Cristo,  
ponga su blanca mano sobre el infierno rojo.

## Salutación al Águila

*...May this grand Union have no end!*

Fontoura Xavier

Bien vengas, mágica Águila de alas enormes y fuertes  
a extender sobre el Sur tu gran sombra continental,  
a traer en tus garras, anillas de rojos brillantes,  
una palma de gloria, del color de la inmensa esperanza,  
y en tu pico la oliva de una vasta y fecunda paz.

Bien vengas, oh mágica Águila, que amara tanto Walt Whitman,  
quien te hubiera cantado en esta olímpica jira,  
Águila que has llevado tu noble y magnífico símbolo  
desde el trono de Júpiter, hasta el gran continente del Norte.

Ciertamente, has estado en las rudas conquistas del orbe.  
Ciertamente, has tenido que llevar los antiguos rayos.  
Si tus alas abiertas la visión de la paz perpetúan,  
en tu pico y tus uñas está la necesaria guerra.

¡Precisión de la fuerza! ¡Majestad adquirida del trueno!  
Necesidad de abrirle el gran vientre fecundo a la tierra  
para que en ella brote la concreción de oro de la espiga,  
y tenga el hombre el pan con que mueve su sangre.

No es humana la paz con que sueñan ilusos profetas,  
la actividad eterna hace precisa la lucha:  
y desde tu etérea altura, tú contemplas, divina Águila,  
la agitación combativa de nuestro globo vibrante.

Es incidencia la historia. Nuestro destino supremo  
está más allá del rumbo que marcan fugaces las épocas.  
Y Palenque y la Atlántida no son más que momentos soberbios  
con que puntúa Dios los versos de su augusto Poema.

Muy bien llegada seas a la tierra pujante y ubérrima,  
sobre la cual la Cruz del Sur está, que miró Dante,  
cuando siendo Mesías, impulsó en su intuición sus bajeles,  
que antes que los del sumo Cristóbal supieron nuestro cielo.

E pluribus unum! ¡Gloria, victoria, trabajo!  
Tráenos los secretos de las labores del Norte,  
y que los hijos nuestros dejen de ser los retores latinos,  
y aprendan de los yanquis la constancia, el vigor, el carácter.

¡Dinos, Águila ilustre, la manera de hacer multitudes  
que hagan Romas y Grecias con el jugo del mundo presente,  
y que, potentes y sobrias, extiendan su luz y su imperio  
y que, teniendo el Águila y el Bisonte y el Hierro y el Oro,  
tengan un áureo día para darle las gracias a Dios!

Águila, existe el Cóndor. Es tu hermano en las grandes alturas.  
Los Andes le conocen y saben que, cual tú, mira al Sol.  
May this grand Union have no end! dice el poeta.  
Puedan ambos juntarse, en plenitud, concordia y esfuerzo.

Águila, que conoces desde Jove hasta Zarathustra  
y que tienes en los Estados Unidos tu asiento,  
que sea tu venida fecunda para estas naciones,  
que el pabellón admiran constelado de bandas y estrellas.

¡Águila que estuviste en las horas sublimes de Pathmos,  
Águila prodigiosa, que te nutres de luz y de azul,  
como una Cruz viviente, vuela sobre estas naciones,  
y comunica al globo la victoria feliz del futuro!

Por algo eres la antigua mensajera jupiterina,  
por algo has presenciado cataclismos y luchas de razas,  
por algo estás presente en los sueños del Apocalipsis,  
por algo eres el ave que han buscado los fuertes Imperios.

¡Salud, Águila! Extensa virtud a tus inmensos revuelos,  
reina de los azules, ¡salud! ¡gloria! ¡victoria y encanto!  
¡Qué la Latina América reciba tu mágica influencia  
y que renazca nuevo Olimpo, lleno de dioses y héroes!

¡Adelante, siempre adelante! ¡Excelsior! ¡Vida! ¡Lumbre!  
¡Que se cumpla lo prometido en los destinos terrenos,  
y que vuestra obra inmensa las aprobaciones recoja  
del mirar de los astros, y de lo que Hay más Allá!

Río de Janeiro, 1906.

## A Francia

¡Los bárbaros, Francia! ¡Los bárbaros, cara Lutecia!

Bajo áurea rotonda reposa tu gran Paladín.  
Del cíclope al golpe ¿qué pueden las risas de Grecia?  
¿Qué pueden las Gracias, si Herakles agita su crin?

En locas faunalias no sientes el viento que arrecia,  
el viento que arrecia del lado del férreo Berlín,  
y allí bajo el templo que tu alma pagana desprecia,  
tu vate hecho polvo no puede sonar su clarín.

Suspende, Bizancio, tu fiesta mortal y divina,  
¡oh, Roma, suspende la fiesta divina y mortal!  
Hay algo que viene como una invasión aquilina

que aguarda temblando la curva del Arco Triunfal.  
¡Tannhäuser! Resuena la marcha marcial y argentina,  
y vese a lo lejos la gloria de un casco imperial.

## Desde la Pampa

¡Yo os saludo desde el fondo de la Pampa! Yo os saludo  
bajo el gran sol argentino  
que como un glorioso escudo  
cincelado en oro fino  
sobre el palio azul del viento,  
se destaca en el divino  
firmamento!

Os saludo desde el campo lleno de hojas y de luces  
cuya verde maravilla cruzan potros y avestruces,  
o la enorme vaca roja,  
o el rebaño gris, que a un tiempo luz y hoja  
busca y muerde,  
en el mágico ondular  
que simule el fresco y verde  
trebolar.

En la pampa solitaria  
todo es himno o es plegaria;  
escuchad  
cómo cielo y tierra se unen en un cántico infinito;  
todo vibra en este grito:  
¡Libertad!

Junto al médano que finge  
ya un enorme lomo equino, ya la testa de una esfinge,  
bajo un aire de cristal,  
pasa el gaucho, muge el toro,  
y entre fina flor de oro  
y entre el cardo episcopal,  
la calandria lanza el trino  
de tristeza o de amor;  
la calandria misteriosa, ese triste y campesino  
ruiseñor.



Yo os saludo en el ensueño  
de pasadas epopeyas gloriosas;  
el caballo zahareño  
del vencedor; la bandera,  
los fusiles con sus truenos y la sangre con sus rosas;  
la aguerrida hueste fiera,  
la aguerrida hueste fiera que va a toque de clarín,  
el que guía, el Héroe, el Hombre;  
y en los labios de los bravos, este nombre:  
¡San Martín!

De la Pampa en las augustas  
soledades,  
al clamor de las robustas  
cien bocinas del pampero, yo saludo a las ciudades,  
de la mar,  
con sus costas erizadas de navíos,  
con sus ríos  
donde mil urnas colmadas su riqueza han de volcar.

¡Argentinos! ¡Dios os guarde!  
ven mis ojos cómo riega  
perla y rosa de la tarde  
el crepúsculo que llega,  
mientras la pampa ilumina  
rojo y puro, como el oro en el crisol,  
el diamante que prefiere la República Argentina:  
¡Vuestro Sol!

Colonia la Merced, Villarino. Abril de 1898.

## Revelación

En el acantilado de una roca  
que se alza sobre el mar, yo lancé un grito  
que de viento y de sal llenó mi boca:

A la visión azul de lo infinito,  
al poniente magnífico y sangriento,  
al rojo sol todo milagro y mito.

Y sentí que sorbía en sal y viento  
como una comunión de comuniones  
que en mí hería sentido y pensamiento.

Vidas de palpitantes corazones,  
luz que ciencia concreta en sus entrañas,  
y prodigios de las constelaciones.

Y oí la voz del dios de las montañas  
que anunciaba su vuelta en el concierto  
maravilloso de sus siete cañas.

Y clamé y dijo mi palabra: ¡Es cierto,  
el gran dios de la fuerza y de la vida,  
Pan, el gran Pan de lo inmortal, no ha muerto!

Volví la vista a la montaña erguida  
como buscando la bicorne frente  
que pone sol en l'alma del panida.

Y vi la singular doble serpiente  
que enroscada al celeste caduceo  
pasó sobre las olas de repente

llevada por Mercurio. Y mi deseo  
tornó a Thalasa maternal la vista,  
pues todo hallo en la mar cuando la veo.

Y vi azul y topacio y amatista,  
oro, perla y argento y violeta,  
y de la hija de Electra la conquista.

Y escuché el ronco ruido de trompeta  
que del tritón el caracol derrama,  
y a la sirena, amada del poeta.

Y con la voz de quien aspira y ama,  
clamé: «¿Dónde está el dios que hace del lodo  
con el hendido pie brotar el trigo,

que a la tribu ideal salva en su exodo?».   
Y oí dentro de mí: «Yo estoy contigo,  
y estoy en ti y por ti: yo soy el todo».

## **En elogio del ilustrísimo señor obispo de Córdoba, fray Mamerto Esquiú, O. M.**

Un báculo que era como un tallo de lirios,  
una vida en cilicios de adorables martirios,  
un blanco horror de Belcebú,  
un salterio celeste de vírgenes y santos,  
un cáliz de virtudes y una copa de cantos,  
tal era fray Mamerto Esquiú.

Con su mano sagrada fue a recoger estrellas.  
Antes cansó su planta, dejando augustas huellas,  
feliz Pastor de su país;  
ahora corta del Padre las sacras azucenas;  
sobre esta tierra amarga, cogía a manos llenas  
las florecillas del de Asís.

¡Oh luminosas Pascuas! ¡Oh Santa Epifanía!  
Salvete flores martyrum! canta el clarín del día  
con voz de bronce y de cristal:  
Sobre la tierra grata brota el agua divina,  
la rosa de la gracia su púrpura culmina  
sobre el cayado pastoral.

Crisóstomo le anima, Jerónimo le doma;  
su espíritu era un águila con ojos de paloma;  
su verbo es una flor.  
Y aquel maravilloso poeta, San Francisco,  
las voces enseñole con que encantó a su aprisco  
en las praderas del Señor.

Tal cual la Biblia dice, con címbalo sonoro,  
a Dios daba sus loas. Formó su santo coro  
de Fe, Esperanza y Caridad:  
Trompetas argentinas dicen sus ideales,  
y su órgano vibrante tenía dos pedales,

y eran el Bien y la Verdad.

Trompetas argentinas claman su triunfo ahora,  
trompetas argentinas de heraldos de la aurora  
que anuncia el día del altar,  
cuando la hostia, esa virgen, y ese mártir, el cirio,  
ante su imagen digan el místico martirio,  
en que el Cordero ha de balar.

Llegaron a su mente hierosolimitana,  
la criselefantina divinidad pagana,  
las dulces musas de Helicón;  
y él se ajustó a los números severos y apostólicos,  
y en su sermón se escuchan los sonos melancólicos  
de los salterios de Sión.

Yo, que la verleniana zampoña toco a veces,  
bajo los verdes mirtos o bajo los cipreses,  
canto hoy tan sacra luz;  
en el marmóreo plinto cincelo mi epigrama,  
y bajo el ala inmensa de la divina Fama,  
¡grabo una rosa y una Cruz!

## Visión

Tras de la misteriosa selva extraña  
vi que se levantaba el firmamento  
horadada y labrada una montaña.

Que tenía en la sombra su cimiento.  
Y en aquella montaña estaba el nido  
del trueno, del relámpago y del viento.

Y tras sus arcos negros el rugido  
se oía del león. Y cuál obscura  
catedral de algún dios desconocido,

aquella fabulosa arquitectura  
formada de prodigios y visiones,  
visión monumental me dio pavora.

A sus pies habitaban los leones;  
y las torres y flechas de oro fino  
se juntaban con las constelaciones.

Y había un vasto domo diamantino,  
donde se alzaba un trono extraordinario  
sobre sereno fondo azul marino.

Hierro y piedra primero y mármol pario,  
luego, y arriba mágicos metales.  
Una escala subía hasta el santuario,

de la divina sede. Los astrales  
esplendores las gradas repartidas  
de tres en tres bañaban. Colosales

águilas con las alas extendidas  
se contemplan en el centro de una  
atmósfera de luces y de vidas.

Y en una palidez de oro luna  
una paloma blanca se cernía,  
alada perla en mística laguna.

La montaña labrada parecía  
por un majestuoso Piraneso  
Babélico. En sus flancos se diría

que hubiese cincelado el bloque espeso  
el rayo; y en lo alto enorme friso  
de la luz recibía un áureo beso,

beso de luz de aurora y paraíso.  
Y yo grité en la sombra: —¿En qué lugares  
vaga hoy el ama mía? —De improviso

surgió ante mí, ceñida de azahares  
y de rosas blanquísimas, Estela,  
la que suele surgir en mis cantares.

Y díjome con voz de filomela:  
—No temas: es el reino de la Lira  
de Dante; y la paloma que revuela

en la luz es Beatrice. Aquí conspira  
todo al supremo amor y alto deseo.  
Aquí llega el que adora y el que admira.

—¿Y aquel trono, le dije, que allá veo?  
—Ese es el trono en que su gloria asienta  
ceñido el lauro el gibelino Orfeo.

Y abajo es donde duerme la tormenta.  
Y el lobo y el león entre lo obscuro  
encienden su pupila, cual violenta

brasa. Y el vasto y misterioso muro  
es piedra y hierro; luego las arcadas  
del medio son de mármol; de oro puro

la parte superior, donde en gloriosas

albas eternas se abre el infinito  
la sacrosanta Rosa de las rosas.

—¡Oh bendito el Señor! —clamé— bendito,  
que permitió al arcángel de Florencia  
dejar tal mundo de misterio escrito

con lengua humana y sobrehumana ciencia,  
y crear este extraño imperio eterno  
y ese trono radiante en su eminencia,

ante el cual abismado me prosterno.  
¡Y feliz quien al Cielo se levanta  
por las gradas de hierro de su Infierno!

Y ella: —Que este prodigio diga y cante  
tu voz. —Y yo: —Por el amor humano  
he llegado al divino. ¡Gloria al Dante!

Ella, en acto de gracia, con la mano  
me mostró de las águilas los vuelos,  
y ascendió como un lirio, soberana

hacia Beatriz, paloma de los cielos.  
Y en el azul dejaba blancas huellas  
que eran a mí delicias y consuelos.

¡Y vi que me miraban las estrellas!



## In memoriam Bartolomé Mitre

Árbol feliz, el roble rey en su selva fragante  
y cuyas ramas altísimas respetó el rudo Bóreas;

áureas, líricas albas dan sus rayos al árbol ilustre,  
cuya sombra, benéfica tienda formara a las tribus.

Feliz aquel patriarca que, ceñida la frente de lauro,  
en la tarde apacible concertando los clásicos números,

mira alzarse las torres a que diera cimientos y bases  
y entre mirajes supremos la aurora futura.

Sabe el íntegro mármol cuáles varones encarna,  
a qué ser de habitáculo sabe la carne del bronce;

conocen el momento, las magníficas bocas del triunfo  
en que deben sonarse larga trompa y bocina de oro.

Súbita y mágica música óyese en fervidos ímpetus,  
y Jefe, o Padre, o Héroe, siente llegar a su oído,

entre los himnos sonoros, cual de la mar a la orilla,  
el murmullo profundo de un oleaje de almas.

Pase el iconoclasta quebrantando los ídolos falsos:  
el simulacro justo en la gloria del Sol, que perdure.

Que se melle en el tronco venerando la hoz saturnina,  
y las generaciones nuevas flores y frutos contemplen.

Espléndida pompa que brindó al sembrador la cosecha,  
panorama sublime, al ver de la vida en la cumbre,

o al descenso tranquilo que iluminan serenas las horas  
con astros por antorchas en la escala del regio crepúsculo.

Negros y rojos sueños en las noches postreras persiguen  
a pastores de gentes que fueron tigres o lobos;

tarde de imperial púrpura al pastor verecundo y sin tacha  
cívico arco de triunfo y el laurel y la palma sonante.

Y a quien también adora la beldad de las musas divinas,  
visión de golfos de azur y los cines de Apolo.

Mira la augusta Patria de su vástago egregio la gloria;  
la hornalla ha tiempo viva hace hervir los metales simbólicos.  
Yo, que de la argentina tierra siento el influjo en mi mente  
«llevo mi palma y canto a la fiesta del gran argentino».

Recordando el hexámetro que vibraba en la lira de Horacio,  
y a Virgilio latino, guía excelso y amado del Dante.

# Ensueño

## Dream

Se desgrana un cristal fino  
sobre el sueño de una flor;  
trina el poeta divino...  
¡Bien trinado, Ruiseñor!

Bottom oye ese cristal  
caer, y, bajo la brisa,  
se siente sentimental.  
Titania toda es sonrisa.

Shakespeare va por la floresta,  
Heine hace un «lied» de la tarde...  
Hugo acompasa la Fiesta  
«Chez Thérèse». Verlaine arde

en las llamas de las rosas  
alocado y sensitivo,  
y dice a las ninfas cosas  
entre un querubín y un chivo.

Aubrey Beardsley se desliza  
como un silfo zahareño.  
Con carbón, nieve y ceniza  
da carne y alma al ensueño.

Nerval suspira a la luna.  
Laforgue suspira de  
males de genio y fortuna.  
Va en silencio Mallarmé.

## **Versos de otoño**

Cuando mi pensamiento va hacia ti, se perfuma;  
tu mirar es tan dulce, que se torna profundo.  
Bajo tus pies desnudos aún hay blancor de espuma,  
y en tus labios compendias la alegría del mundo.

El amor pasajero tiene el encanto breve,  
y ofrece un igual término para el gozo y la pena.  
Hace una hora que un nombre grabé sobre la nieve;  
hace un minuto dije mi amor sobre la arena.

Las hojas amarillas caen en la alameda,  
en donde vagan tantas parejas amorosas.  
Y en la copa de Otoño un vago vino queda  
en que han de deshojarse, Primavera, tus rosas.

## Sum...

Yo soy en Dios lo que soy  
y mi ser es voluntad  
que, perseverando hoy,  
existe en la eternidad.

Cuatro horizontes de abismo  
tiene mi razonamiento,  
y el abismo que más siento  
es el que siento en mí mismo.

Hay un punto alucinante  
en mi villa de ilusión:  
La torre del elefante  
junto al kiosco del pavón.

Aún lo humilde me subyuga  
si lo dora mi deseo.  
La concha de la tortuga  
me dice el dolor de Orfeo.

Rosas buenas, lirios pulcros,  
loco de tanto ignorar,  
voy a ponerme a gritar  
al borde de los sepulcros:

¡Señor que la fe se muere!  
Señor mira mi dolor.  
¡Miserere! ¡Miserere!...  
Dame la mano, Señor...

## **La bailarina de los pies desnudos**

Iba en un paso rítmico y felino  
a avances dulces, ágiles o rudos,  
con algo de animal y de felino  
la bailarina de los pies desnudos.

Su falda era la falda de las rosas,  
en sus pechos había dos escudos...  
Constelada de casos y de cosas...  
La bailarina de los pies desnudos.

Bajaban mil deleites de los senos  
hacia la perla hundida del ombligo,  
e iniciaban propósitos obscenos  
azúcares de fresa y miel de higo.

A un lado de la silla gestatoria  
estaban mis bufones y mis mudos...  
¡Y era toda Setene y Anactoria  
la bailarina de los pies desnudos!

## La canción de los pinos

Oh pinos, oh hermanos en tierra y ambiente,  
yo os amo. Sois dulces, sois buenos, sois graves.  
Diríase un árbol que piensa y que siente,  
mimado de auroras, poetas y aves.

Tocó vuestra frente la alada sandalia;  
habéis sido mástil, proscenio, curul,  
oh pinos solares, oh pinos de Italia,  
bañados de gracia, de gloria, de azul.

Sombríos, sin oro del sol, taciturnos,  
en medio de brumas glaciales y en  
montañas de ensueños, oh pinos nocturnos,  
¡oh pinos del Norte, sois bellos también!

Con gestos de estatuas, de mimos, de actores,  
tendiendo a la dulce caricia del mar,  
¡oh pinos de Nápoles, rodeados de flores,  
oh pinos divinos, no os puedo olvidar!

Cuando en mis errantes pasos peregrinos,  
la Isla Dorada me ha dado un rincón  
do soñar mis sueños, encontré los pinos,  
los pinos amados de mi corazón.

Amados por tristes, por blandos, por bellos.  
Por su aroma, aroma de una inmensa flor,  
por su aire de monjes, sus largos cabellos,  
sus savias, ruidos y nidos de amor.

¡Oh pinos antiguos que agitara el viento  
de las epopeyas, amados del sol!  
¡Oh líricos pinos del Renacimiento,  
y de los jardines del suelo español!



Los brazos eolios se mueven el paso  
del aire violento que forma al pasar  
ruidos de pluma, ruidos de raso,  
ruidos de agua y espumas de mar.

¡Oh noche en que traje tu mano, Destino,  
aquella amargura que aún hoy es dolor!  
La luna argentaba lo negro de un pino,  
y fui consolado por un ruiseñor.

Románticos somos... ¿Quién que Es, no es romántico?  
Aquel que no sienta ni amor ni dolor,  
aquel que no sepa de beso y de cántico,  
que se ahorque de un pino: será lo mejor...

Yo, no. Yo persisto. Pretéritas normas  
confirman mi anhelo, mi ser, mi existir.  
¡Yo soy el amante de ensueños y formas  
que viene de lejos y va al porvenir!

## Vesper

Quietud, quietud... Ya la ciudad de oro  
ha entrado en el misterio de la tarde.

La catedral es un gran relicario.

La bahía unifica sus cristales  
en un azul de arcaicas mayúsculas  
de los antifonarios y misales.

Las barcas pescadoras estilizan  
el blancor de sus velas triangulares  
y como un eco que dijera: «Ulises»,  
junta alientos de flores y de sales.

## **En una primera página**

Cálamo, deja aquí correr tu negra fuente.  
Es el pórtico en donde la Idea alza la frente  
luminosa y al templo de sus ritos penetra.  
Cálamo, pon el símbolo divino de la letra  
en gloria del vidente cuya alma está en su lira.  
Bendición al que entiende, bendición al que admira.  
De ensueño, plata o nieve, esta es la blanca puerta.  
Entrad los que pensáis o soñáis. Ya está abierta.

## **Eheu!**

Aquí, junto al mar latino,  
digo la verdad:  
Siento en roca, aceite y vino  
yo mi antigüedad.

Oh, qué anciano soy, Dios santo,  
Oh, qué anciano soy...  
¿De dónde viene mi canto?  
Y yo, ¿adónde voy?

El conocerme a mí mismo  
ya me va costando  
muchos momentos de abismo  
y el cómo y el cuándo...

Y esta claridad latina,  
¿de qué me sirvió  
a la entrada de la mina  
del yo y el no yo...?

Nefelibata contento  
creo interpretar  
las confidencias del viento,  
la tierra y el mar...

Unas vagas confidencias  
del ser y el no ser,  
y fragmentos de conciencias  
de ahora y ayer.

Como en medio de un desierto  
me puse a clamar;

y miré el sol como muerto  
y me eché a llorar.

## La hembra del pavo real

En Ecbatana fue una vez...  
O más bien creo que en Bagdad...  
Era en una rara ciudad,  
bien Samarcanda o quizás Fez.

La hembra del pavo real  
estaba en el jardín desnuda;  
mi alma amorosa estaba muda  
y habló la fuente de cristal.

Habló con su trino y su alegre  
y su staccato y son sonoro,  
y venían del bosque negro  
voz de plata y llanto de oro.

La desnuda estaba divina,  
salomónica y oriental:  
era una joya diamantina  
la hembra del pavo real.

Los brazos eran dos poemas  
ilustrados de ricas gemas.  
Y no hay un verso que concentre  
el trigo y albor de palomas,  
y lirios y perlas y aromas  
que había en los senos y el vientre.

Era una voluptuosidad  
que sabía a almendra y a nuez  
y a vinos que gustó Simbad...  
En Ecbatana fue una vez,  
o más bien creo que en Bagdad.

En las gemas resplandecientes  
de las colas de los pavones

caían gotas de las fuentes  
de los Orientes de ilusiones.

La divina estaba desnuda.  
Rosa y nardo dieron su olor...  
Mi alma estaba extasiada y muda  
en el sexo ardía una flor.

En las terrazas decoradas  
con un gesto extraño y fatal  
fue desnuda ante mis miradas  
la hembra del pavo real.

## Hondas

*A Pichardo*

Yo soñé que era un hondero  
mallorquín.  
Con las piedras que en la costa  
recogí,  
cazaba águilas al vuelo,  
lobos, y  
en la guerra iba a la guerra  
contra mil.

Un guijarro de oro puro  
fue al cenit,  
una tarde en que en la altura  
azul vi  
un enorme gerifalte  
perseguir  
a una extraña ave radiante,  
un rubí  
que rayara el firmamento  
de zafir.

No tornó mi piedra al mundo.  
Pero sin  
vacilar vino a mí el ave—  
querubín.  
«Partió herida —dijo— el alma  
de Goliat, y vengo a ti.  
¡Soy el alma luminosa  
de David!».



# Lira alerta

## A un pintor

Vamos a cazar, oh Ramos,  
vamos por allí;  
suenan cuernos y reclamos  
y ecos de jaurías; y

vamos a cazar colores,  
vamos a cazar  
entre troncos y entre flores,  
arte singular.

Pintor de melancolías,  
amigo pintor,  
la perla que tú deslías  
tendrá mi dolor.

Teorías de dolores  
has pintado tú;  
y priapeas y ardores  
que da Belcebú.

Amas la luz y la furia  
que es un don de Pan,  
la poderosa lujuria  
que los dioses dan.

Lúgubres atardeceres  
y amor y dolor,  
crepúsculos de mujeres...  
masculino horror...

Vagos éxodos funestos,  
gestos de pesar,  
gestos terribles y gestos  
de llorar y aullar.

El sol poniente que quema  
la última ilusión,  
o la bruma de un poema  
que es fin de pasión.

Hondas negruras de abismo  
y espanto fatal,  
lividez de cataclismo  
o anuncio mortal.

Ráfagas de sombra y frío  
y un errante ir...  
(¡Vamos a morir Dios mío,  
vamos a morir!).

Pintor de melancolías,  
deja esa visión.  
Hay soles de eternos días,  
Olimpo y Sión.

Vamos a cazar colores,  
ilusión los bosques dan,  
las dríadas brindan flores  
y alegría el egipán.

El trigal sueña en la misa;  
hay de besos un rumor;  
y en la seda de la brisa  
va la gracia del amor.

## Preludio

*En «Alma América», J. S. Chocano*

Hay un tropel de potros sobre la pampa inmensa.  
¿Es Pan que se incorpora? No: es un hombre que piensa,  
es un hombre qué tiene una lira en la mano:  
él viene del azul, del sol, del Océano.  
Trae encendida en vida su palabra potente  
y concreta el decir de todo un continente...  
Tal vez es desigual... (¡El Pegaso da saltos!).  
Tal vez es tempestuoso... (¡Los Andes son tan altos!...).  
Pero hay en ese verso tan vigoroso y terso  
una sangre que apenas veréis en otro verso;  
una sangre que cuando en la estrofa circula  
como la luz penetra y como la onda ondula...  
Pegaso está contento, Pegaso piafa y brinca,  
porque Pegaso paca en los prados del inca.  
Y este fuerte poeta de alma tan ardorosa  
sabe bien lo que cuentan los labios de la rosa,  
comprende las dulzuras del panal y comprende  
lo que dice la abeja del secreto del duende...  
Pero su brazo es para levantar la trompeta  
hacia donde se anuncia la aurora del Profeta;  
es hecho para dar a la virtud del viento  
la expresión del terrible clarín del pensamiento.  
Él sabe de Amazonas, Chimborazos y Andes.  
Siempre blande su verso para las cosas grandes.  
Va como Don Quijote en ideal campaña,  
vive de amor de América y de pasión de España;  
y envuelto en armonía y en melodía y canto  
tiene rasgos de héroe y actitudes de santo.  
«¿Me permites, Chocano, que, como amigo fiel,

te ponga en el ojal esta hoja de laurel?». Tal dije cuando don J. Santos Chocano, último de los incas, se tornó castellano.

## Nocturno

Silencio de la noche, doloroso silencio  
nocturno... ¿Por qué el alma tiembla de tal manera?  
Oigo el zumbido de mi sangre,  
dentro mi cráneo pasa una suave tormenta.  
¡Insomnio! No poder dormir, y, sin embargo,  
soñar. Ser la auto-pieza  
de disección espiritual, ¡el auto-Hamlet!  
Diluir mi tristeza  
en un vino de noche  
en el maravilloso cristal de las tinieblas...  
Y me digo: ¿a qué hora vendrá el alba?  
Se ha cerrado una puerta...  
Ha pasado un transeúnte...  
Ha dado el reloj tres horas... ¡Si será Ella!...

## Caso

A un cruzado caballero,  
garrido y noble garzón,  
en el palenque guerrero  
le clavaron un acero  
tan cerca del corazón,

que el físico al contemplarle,  
tras verle y examinarle,  
dijo: «Quedará sin vida  
si se pretende sacarle  
el venablo de la herida».

Por el dolor congojado,  
triste, débil, desangrado,  
después que tanto sufrió,  
con el acero clavado  
el caballero murió.

Pues el físico decía  
que, en dicho caso, quien  
una herida tal tenía,  
con el venablo moría,  
sin el venablo, también.

¿No comprendes, Asunción,  
la historia que te he contado,  
la del garrido garzón  
con el acero clavado  
muy cerca del corazón?

Pues el caso es verdadero;  
yo soy el herido, ingrata,

y tu amor es el acero:  
¡si me lo quitas, me muero  
si me lo dejas, me mata!



## Epístola

*A la señora de Leopoldo Lugones*

I

*Madame Lugones, j'ai commencé ces vers  
en écoutant la voix d'un carillon d'Anvers...  
¡Así empecé, en francés, pensando en Rodenbach  
cuando hice hacia el Brasil, una fuga... de Bach!*

En Río de Janeiro iba yo a proseguir  
poniendo en cada verso el oro y el zafir  
y la esmeralda de esos pájaros-moscas  
que melifican entre las áureas siestas foscas  
que temen los que temen el cruel vómito negro.  
Ya no existe allá fiebre amarilla. ¡Me alegro!  
Et pour cause. Yo pan-americanicé

con un vago temor y con muy poca fe  
en la tierra de los diamantes y la dicha  
tropical. Me encantó ver la vera marchita,  
mas encontré también un gran núcleo cordial  
de almas llenas de amor, de ensueños, de ideal.  
Y si había un calor atroz, también había  
todas las consecuencias y ventajas del día,  
en panorama igual al de los cuadros y hasta  
igual al que pudiera imaginarse... Basta.  
Mi ditirambo brasileño es ditirambo  
que aprobaría tu marido. Arcades ambo.

II

Mas al calor de ese Brasil maravilloso,  
tan fecundo, tan grande, tan rico, tan hermoso,

a pesar de Tijuca y del cielo opulento,  
a pesar de ese foco vivaz de pensamiento,  
a pesar de Nabuco, embajador, y de  
los delegados panamericanos que  
hicieron lo posible por hacer cosas buenas,  
saboreé lo ácido del saco de mis penas,  
quiero decir que me enfermé. La neurastenia  
es un don que me vino con mi obra primigenia.  
¡Y he vivido tan mal, y tan bien, cómo y tanto!  
¡Y tan buen comedor guardo bajo mi manto!  
¡Y tan buen bebedor tengo bajo mi capa!  
¡Y he gustado bocados de cardenal y papa...!  
Y he exprimido la urbe cerebral tantas veces,  
que estoy grave. Esto es mucho ruido y pocas nueces,  
según dicen doctores de una sapiencia suma.  
Mis dolencias se van en ilusión y espuma.  
Me recetan que no haga nada ni piense nada,  
que me retire al campo a ver la madrugada  
con las alondras y con Garcilaso, y con  
el sport. ¡Bravo! Sí. Bien. Muy bien. ¿Y La Nación?  
¿Y mi trabajo diario y preciso y fatal?  
¿No se sabe que soy cónsul como Stendhal?  
Es preciso que el médico que eso recete dé  
también libro de cheques para el Crédit Lyonnais  
y envíe un automóvil devorador del viento  
en el cual se pasee mi egregio aburrimiento  
harto de profilaxis, de ciencia y de verdad.

### III

En fin, convaleciente, llegué a nuestra ciudad  
de Buenos Aires, no sin haber escuchado  
a míster Root a bordo del Charleston sagrado,  
mas mi convalecencia duró poco. ¿Qué digo?  
mi emoción, mi entusiasmo y mi recuerdo amigo,  
y el banquete de La Nación, que fue estupendo,  
y mis viejas jeringas con su pánico estruendo,  
y ese fervor porteño, ese perpetuo arder,  
y el milagro de gracia que brota en la mujer

argentina, y mis ansias de gozar de esa tierra,  
me pusieron de nuevo con mis nervios en guerra.  
Y me volví a París. Me volví al enemigo  
terrible, centro de las neurosis, ombligo  
de la locura, foco de todo surmenage  
donde hago buenamente mi papel de sauvage  
encerrado en mi celda de la rue Marivaux,  
confiando sólo en mí y resguardando el yo.  
¡Y si lo resguardara, señora, si no fuera  
lo que llaman los parisienses una pera!  
A mi rincón me llegan a buscar las intrigas,  
las pequeñas miserias, las traiciones amigas,  
y las ingratitudes. Mi maldita visión  
sentimental del mundo me aprieta el corazón,  
y así cualquier tunante me explotará a su gusto.  
Soy así. Se me puede burlar con calma. Es justo.  
Por eso los astutos, los listos, dicen que  
no conozco el valor del dinero. ¡Lo sé!  
Que ando, nefelibata, por las nubes... Entiendo.  
Que no soy hombre práctico en la vida... Estupendo.  
Sí, lo confieso, soy inútil. No trabajo  
por arrancar a otro su pitanza; no bajo  
a hacer la vida sórdida de ciertos previsores.  
Yo no ahorro ni en seda, ni en champaña, ni en flores.  
No combino sutiles pequeñeces, ni quiero  
quitarle de la boca su pan al compañero.  
Me complace en los cuellos blancos verlos diamantes.  
Gusto de gentes de maneras elegantes  
y de finas palabras y de nobles ideas.  
Las gentes sin higiene ni urbanidad, de feas  
trazas, avaros, torpes, o malignos y rudos,  
mantienen, lo confieso, mis entusiasmos mudos.  
No conozco el valor del oro... ¿Saben esos  
que tal dicen lo amargo del jugo de mis sesos,  
del sudor de mi alma, de mi sangre y mi tinta,  
del pensamiento en obra y de la idea en cinta?  
¿He nacido yo acaso hijo de millonario?  
¿He tenido yo Cirineo en mi Calvario?

## IV

Tal continué en París lo empezado en Anvers.  
Hoy, heme aquí en Mallorca, la terra dels foners,  
como dice Mossen Cinto, el gran Catalán.  
Y desde aquí, señora, mis versos a ti van,  
olorosos a sal marina y a azahares,  
al suave alienta de las Islas Baleares.  
Hay un mar tan azul como el Partenopeo.  
Y al azul celestial, vasto como un deseo,  
su techo cristalino bruñe con el sol de oro.  
Aquí todo es alegre, fino, sano y sonoro.  
Barcas de pescadores sobre la mar tranquila  
descubro desde la terraza de mi villa,  
que se alza entre las flores de su jardín fragante  
con un monte detrás y con la mar delante.

## V

A veces me dirijo al mercado, que está  
en la Plaza Mayor. (¿Qué Coppée, no es verdá?).  
Me rozo con un núcleo crespo de muchedumbre  
que viene por la carne, la fruta y la legumbre.  
Las mallorquinas usan una modesta falda,  
pañuelo en la cabeza y la trenza a la espalda.  
Esto, las que yo he visto, al pasar, por supuesto.  
Y las que no la lleven no se enojen por esto.  
He visto unas payesas con sus negros corpiños,  
con cuerpos de odaliscas y con ojos de niños;  
y un velo que les cae por la espalda y el cuello  
dejando al aire libre lo obscuro del cabello.  
Sobre la falda clara un delantal vistoso.  
Y saludan con un bon di tengui gracioso,  
entre los cestos llenos de patatas y coles,  
pimientos de corales, tomates de arreboles,  
sonrosadas cebollas, melones y sandías,  
que hablan de las Arabias y las Andalucías.  
Calabazas y nabos para ofrecer asuntos  
a Madame Noailles y Francis Jammes juntos.

A veces me detengo en la plaza de abastos  
como si respirase soplos de vientos vastos,  
como si se me entrase con el respiro el mundo.  
Estoy ante la casa en que nació Raimundo  
Lulio. Y en ese instante mi recuerdo me cuenta  
las cosas que le dijo la Rosa a la Pimienta...  
¡Oh, cómo yo diría el sublime destierro  
y la lucha y la gloria del mallorquín de hierro!  
¡Oh, cómo cantaría en un carmen sonoro  
la vida, el alma, el numen, del mallorquín de oro!  
De los hondos espíritus es de mis preferidos.  
Sus robles filosóficos están llenos de nidos  
de ruiseñor. Es otro y es hermano del Dante.  
¡Cuántas veces pensara su verbo de diamante  
delante la Sorbona vieja del París sabio!  
Cuántas veces he visto su infolio y su astrolabio  
en una bruma vaga de ensueño, y ¡cuántas veces  
le oí hablar a los árabes cual Antonio a los peces,  
en un imaginar de pretéritas cosas  
que por ser tan antiguas se sienten tan hermosas!

## VI

Hice una pausa.

El tiempo se ha puesto malo. El mar  
a la furia del aire no cesa de bramar.  
El temporal no deja que entren los vapores. Y  
un yacht de lujo busca refugio en Porto-Pi.  
Porto-Pi es una rada cercana y pintoresca.  
Vista linda: aguas bellas, luz dulce y tierra fresca.

¡Ah, señora, si fuese posible a algunos el  
dejar su Babilonia, su Tiro, su Babel,  
para poder venir a hacer su vida entera  
en esta luminosa y espléndida ribera!

Hay no lejos de aquí un archiduque austriaco  
que las pomas de Ceres y las uvas de Baco  
cultiva, en un retiro archiducal y egregio.

Hospeda como un monje —y el hospedaje es regio—.  
Sobre las rocas se alza la mansión señorial  
y la isla le brinda ambiente imperial.

Es un pariente de Jean Orth. Es un atrida  
que aquí ha encontrado el cierto secreto de su vida.  
Es un cuerdo. Aplaudamos al príncipe discreto  
que aprovecha a la orilla del mar ese secreto.  
La isla es florida y llena de encanto en todas partes.  
Hay un aire propicio para todas las artes.  
En Pollensa ha pintado Santiago Rusiñol  
cosas de flor, de luz y de seda de sol.  
Y hay villa de retiro espiritual famosa:  
La literata Sand escribió en Valldemosa  
un libro. Ignoro si vino aquí con Musset,  
y si la vampiresa sufrió o gozó, no sé1.

¿Por qué mi vida errante no me trajo a estas sanas  
costas antes de que las prematuras canas  
de alma y cabeza hicieran de mí la mezcolanza  
formada de tristeza, de vida y esperanza?  
¡Oh, qué buen mallorquín me sentiría ahora!  
¡Oh, cómo gustaría sal de mar, miel de aurora,  
al sentir como en un caracol en mi cráneo  
el divino y eterno rumor mediterráneo!  
Hay en mí un griego antiguo que aquí descansó un día  
después que le dejaron loco de melodía  
las sirenas rosadas que atrajeron su barca.  
Cuanto mi ser respira, cuanto mi vista abarca,  
es recordado por mis íntimos sentidos,  
los aromas, las luces, los ecos, los ruidos,  
como en ondas atávicas me traen añoranzas  
que forman mis ensueños, mis vidas y esperanzas.

Mas, ¿dónde está aquel templo de mármol, y la gruta  
donde mordí aquel seno dulce como una fruta?  
¿Dónde los hombres ágiles que las piedras redondas  
recogían para los cueros de sus hondas?...

Calma, calma. Esto es mucha poesía, señora.  
Ahora hay comerciantes muy modernos. Ahora

mandan barcos prosaicos la dorada Valencia,  
Marsella, Barcelona y Génova. La ciencia  
comercial es hoy fuerte y lo acapara todo.

Entretanto, respiro mi salitre y mi iodo  
brindados por las brisas de aqueste golfo inmenso,  
y a un tiempo, como Kant y como el asno, pienso.  
Es lo mejor.

## VII

Y aquí mi epístola concluye.

Hay una ansia de tiempo que de mi pluma influye  
a veces, como hay veces de enorme economía.  
«Si hay, he dicho, señora, alma clara, es la mía».  
Mírame transparentemente, con tu marido,  
y guárdame lo que tú puedas del olvido.

## **A Remy de Gourmont**

Desde Palma de Mallorca,  
en donde Lulio nació,  
te dirijo este romance,  
¡oh, Remigio de Gourmont!  
Va lleno de sal marina  
y va caliente de sol,  
del sol que gozó Cartago  
y que a Aníbal dio calor.  
Llevan las gymnesias brisas  
algo de azahar. Y son  
para ti gratas, ilustre  
nieta de conquistador.  
Por tu sangre de Cortés  
puedes ornar tu blasón  
con signos que aquí en España  
mejorara sólo Dios.  
Y pues de Cortés blasonas,  
vaya esta salutación  
llena de frases corteses  
a tu hogar de sabidor.  
Yo te recordé por Lulio,  
a quien amas con razón,  
pues no hay para seres tales  
más que razonado amor.  
De las plantas de Raimundo  
tu herbario bien sabe el don,  
si él tuvo antes don de lenguas,  
don de lenguas tienes hoy.  
Raimundo fue combativo;  
tú lo eres en lo interior,  
y si lapidado fue,



tú mereces el honor  
de ser quemado en la hoguera  
de la Santa Inquisición.  
Aquí hay luz, vida. Hay un mar  
de cobalto aquí, y un sol  
que estimula entre las venas  
sangre de pagano amor.  
Aquí estaría Simón  
bajo un toronjero en flor,  
viendo las velas latinas  
en la azulada visión.  
Y tú tendrías la mente  
en un eco, en una voz,  
en un cangrejo, en la arena,  
o en una constelación.

## Eco y yo

*A la Señora Susana Torres de Castex*

Eco, divina y desnuda  
como el diamante del agua,  
mi musa estos versos fragua  
y necesita tu ayuda,  
pues, sola, peligros teme.  
—¡Heme!  
—Tuve en momentos distantes,  
antes,  
que amar los dulces cabellos  
bellos,  
de la ilusión que primera  
era,  
en mi alcázar andaluz  
luz,  
en mi palacio de moro  
oro,  
en mi mansión dolorosa  
rosa.  
Se apagó como una estrella  
ella.  
Deja, pues, que me contriste  
—¡Triste!  
¡Se fue el instante oportuno!  
—¡Tuno!...  
—¿Por qué, si era yo suave  
ave,  
que sobre el haz de la tierra  
yerra  
y el reposo de la rama

ama?  
Guiome por varios senderos  
Eros,  
mas no se portó tan bien  
en  
esquivarme los risueños  
sueños,  
que hubieran dado a mi vida  
ida,  
menos crueles mordeduras  
duras.  
Mas hoy el duelo aún me acosa  
—¡osa!  
—¡Osar, si el dolor revuela!  
—¡Vuela!  
—Tu voz ya no me convence  
—vence.  
—¡La suerte errar me demanda!  
—Anda.  
—Mas de ilusión las simientes...  
—¡Mientes!  
—¿Y ante la desesperanza?  
—Esperanza.  
Y hacia el vasto porvenir  
ir.  
—Tu acento es bravo, aunque seco,  
eco.  
Sigo, pues, mi rumbo, errante,  
ante  
los ojos de las rosadas  
hadas.  
Gusté de Amor hidromieles  
mieles;  
probé de Horacio divino,  
vino;  
entretejí en mis delirios  
lirios.

Lo fatal con sus ardientes  
dientes  
apretó mi conmovida  
vida;  
mas me libró en toda parte  
arte.  
Lista está a partir mi barca  
arca  
do va mi gala suprema,  
—Rema.  
—Un blando mar se consigue.  
—Sigue.  
—La anrora rosas reparte.  
—¡Parte!  
¡Y a la ola que te admira  
mira,  
y a la sirena que encanta  
canta!

## **Balada en honor de las musas de carne y hueso**

*A G. Martínez Sierra*

Nada mejor para cantar la vida,

y aun para dar sonrisas a la muerte,  
que la aurea copa en donde Venus vierte  
la esencia azul de su viña encendida.  
Por respirar los perfumes de Armida  
y por sorber el vino de su beso,  
vino de ardor, de beso, de embeleso,  
fuérase al cielo en la bestia de Orlando,  
¡voz de oro y miel para decir cantando:  
la mejor musa es la de carne y hueso!

Cabellos largos en la buhardilla,  
noches de insomnio al blancor del invierno,  
pan de dolor con la sal de lo eterno  
y ojos de ardor en que Juvencia brilla;  
el tiempo en vano mueve su cuchilla,  
el hilo de oro permanece ileso;  
visión de gloria para el libro impreso  
que en sueños va como una mariposa;  
y una esperanza en la boca de rosa.  
¡La mejor es la de carne y hueso!

Regio automóvil, regia cetrería,  
borla y muceta, heráldica fortuna,  
nada son como a la luz de la luna  
una mujer hecha una melodía.  
Barca de amar busca la fantasía,  
no el yacht de Alfonso o la barca de Creso.  
Da al cuerpo llama y fortificó el seso  
ese archivado y vital paraíso;  
pasad de largo, Abelardo y Narciso:

¡La mejor musa es la de carne y hueso!

Clío está en esta frente hecha de aurora,  
Euterpe canta en esta lengua fina,  
Talíaa ríe en la boca divina,  
Melpómene es ese gesto que implora;  
en estos pies Terpsícore se adora,  
Cuello inclinado es de Erato embeleso,  
Polymnia intenta a Calíope proceso  
por esos ojos en que Amor se quema.  
Urania rige todo ese sistema:  
¡La mejor musa es la de carne y hueso!

No protestéis con celo protestante,  
contra el panal de rosas y claveles  
en que Tiziano moja sus pinceles  
y gusta el cielo de Beatrice el Dante.  
Por eso existe el verso de diamante,  
por eso el iris tiéndese y por eso  
humano genio es celeste progreso.  
Líricos cantan y meditan sabios  
por esos pechos y por esos labios:  
¡La mejor musa es la de carne y hueso!

### **Envío**

Gregorio: nada al cantor determina  
como el gentil estímulo del beso;  
Gloria al sabor de la boca divina:  
¡La mejor musa es la de carne y hueso!

## Agencia...

¿Qué hay de nuevo?... Tiembla la tierra.  
En La Haya incuba la guerra.  
Los reyes han terror profundo.  
Huele a podrido en todo el mundo.  
No hay aromas en Galaad.  
Desembarcó el marqués de Sade  
procedente de Seboim.  
Cambia de curso el gulf-stream.  
París se flagela a placer.  
Un cometa va a aparecer.  
Se cumplen ya las profecías  
del viejo monje Malaquías.  
En la iglesia el diablo se esconde.  
Ha parido una monja. (¿En dónde?...).  
Barcelona ya no está bona  
sino cuando la bomba sona...  
China se corta la coleta.  
Henry de Rothschild es poeta.  
Madrid abomina la capa.  
Ya no tiene eunucos el papa.  
Se organizará por un bill  
la prostitución infantil.  
La fe blanca se desvirtúa  
y todo negro «continúa».  
En alguna parte está listo  
el palacio del Anticristo.  
Se cambian comunicaciones  
entre lesbianas y gitones.  
Se anuncia que viene el Judío  
errante... ¿Hay algo más, Dios mío?...

## Flirt

Que a las dulces gracias la áurea rima loe,

que el amable Horacio brinde un canto a Cloe,  
que a Margot o a Clebia dé un rondel Banville,  
eso es justo y bello, que esa ley nos rija,  
eso lisonjea y eso regocija  
a la reina Venus y a su paje Abril.

El ilustre cisne, cual labrado en nieve,  
con el cuello en arco, bajo el aire leve,  
boga sobre el terso lago especular;  
y aunque no lo dice, va ritmando un aria  
para la entreabierta rosa solitaria  
que abre el fresco cáliz a la luz lunar.

Albas margaritas, rosas escarlatas,  
¿no guardan memoria de las serenatas  
con que un tierno lírico os habló de amor?

¿Conocéis la gama breve y cristalina  
en que, enamorado, su canción divina  
con su bandolina trina el ruiseñor?

Estas tres estrofas, deliciosa amiga,  
son un corto prólogo para que te diga  
que tus bellos ojos de luz sideral,  
y tus labios, rimas ricas de corales,  
merecen la ofrenda de los madrigales  
floridos de líricas rosas, de cristal.

De tu ardiente gracia los elogios rimo,  
de un rondel galante la fragancia exprimo



para ungir la alfombra donde estén tus pies,  
yo saludo el lindo triunfo de las damas,  
y en mis versos siento renacer las llamas  
que eran luz del triunfo del Rey Sol francés.

## **Campoamor**

Este del cabello cano,  
como la piel del armiño,  
juntó su candor de niño  
con su experiencia de anciano;  
cuando se tiene en la mano  
un libro de tal varón,  
abeja es cada expresión  
que, volando del papel,  
deja en los labios la miel  
y pica en el corazón.

## **Esquela a Charles de Soussens**

A la vista del blanco lucero matutino  
a tu amistad envió mi saludo cordial,  
pues tus dedos despiertan el alambre divino,  
sobre la lira, sobre el tímpano inmortal.

Tu Suiza, coronada de un halo diamantino,  
circundada en abismos de torres de cristal,  
alzará un día, para tu numen peregrino,  
un busto blanco y fino de firme pedestal.

Compañero, que traes en tu lira extranjera  
caras rosas nativas a nuestra primavera,  
y que tu Ranz nos cantas en el modo español,

¡que la América escuche tu noble melodía  
y a Suiza, Buenos Aires pueda enviar algún día  
tu cabeza lunática coronada de sol!

1895

## **Helda**

*Helda c'est la musique et le rythme charmant,*

*évoquant. C'est la femme mystérieuse  
et plastique, amoureuse, et pleureuse, et riieuse,  
et même elle est le vers qui câline et qui ment.*

*Je ne boirai jamais le vin de son serment,  
et la coupe d'or de cette femme amoureuse  
n'enivrera jamais mon âme malheureuse,  
malheureuse d'Amour, ma Belle au bois dormant.*

*Mais Helda est pour moi comme une harpe éolienne:  
et de mes rêves est aussi musicienne  
en fleurissant sa voix des paroles de jour.*

*Je voudrais être Roi du pays d'Utopie  
et je donnerais la couronne à mon amie,  
des perles de musique, et des diamants d'amour.*

## **A una novia**

Alma blanca, más blanca que el lirio;  
frente blanca, más blanca que el cirio  
que ilumina el altar del Señor:  
Ya serás por hermosa encendida,  
ya serás sonrosada y herida,  
por el rayo de luz del amor.

Labios rojos de sangre divina,  
labios donde la risa argentina  
junta el albo marfil al clavel,  
ya veréis cómo el beso os provoca,  
cuando Cipris envíe a esa boca  
sus abejas sedientas de miel.

Manos blancas, cual rosas benditas,  
que sabéis deshojar margaritas  
junto al fresco rosal del Penil,  
¡ya daréis la canción del amado  
cuando hiráis el sonoro teclado  
del triunfal clavicordio de Abril!

Ojos bellos de ojeras cercados,  
¡ya veréis los palacios dorados  
de una vaga, ideal Estambul,  
cuando lleven las hadas a Oriente  
a la Bella del Bosque Durmiente,  
en el carro del Príncipe Azul!

¡Blanca flor! De tu cáliz risueño  
la libélula errante del Sueño  
alza el vuelo veloz, ¡blanca flor!  
Primavera su palio levanta

y hay un coro de alondras que canta  
la canción matinal del amor.

## Soneto

*Para el señor don Ramón del Valle-Inclán*

Este gran don Ramón, de las barbas de chivo,  
cuya sonrisa es la flor de su figura,  
parece un viejo dios, altanero y esquivo,  
que se animase en la frialdad de su escultura.

El cobre de sus ojos por instantes fulgura  
y da una llama roja tras un ramo de olivo.  
Tengo la sensación de que siento y que vivo  
a su lado una vida más intensa y más dura.

Este gran don Ramón del Valle-Inclán me inquieta,  
y a través del zodíaco de mis versos actuales  
se me esfuma en radiosas visiones de poeta,

o se me rompe en un fracaso de cristales.  
Yo le he visto arrancarse del pecho la saeta  
que le lanzan los siete pecados capitales.

## **Querida de artista**

Cultiva tu artista, mujer,  
que por cierto debes tener  
los ojos de las hechiceras...  
Cultiva tu artista, mujer,  
sin abusar del alfiler  
y del filo de las tijeras.  
Y si eres de las hechiceras  
que, desnudas, se dejan ver  
en las pieles de las panteras,  
o si de las tristes y fieras,  
cultiva tu artista, mujer...



## **Tant mieux...**

Gloria al laboratorio de Canidia,

gloria al sapo y la araña y su veneno,  
gloria al duro guijarro, gloria al cieno,  
gloria al áspero errar, gloria a la Insidia,

gloria a la cucaracha que fastidia,  
gloria al diente del can de rabia lleno,  
gloria al parche vulgar que imita el trueno,  
gloria al odio bestial, gloria a la envidia.

Gloria a las ictericias devorantes  
que sufre el odiador; gloria a la escoria  
que padece a la luz de los diamantes,

pues toda esa miseria transitoria  
hace afirmar el paso a los Atlantes  
cargados con el orbe de su gloria.

## Lírica

*A Eduardo Talero*

Eduardo: está en el reino de nuestra fantasía  
el pabellón azul de nuestro rey divino.  
Saludemos al dios en el pan y en el vino,  
saludemos al dios en la noche y el día.

Todavía está Apolo triunfante, todavía  
gira bajo su lumbre la rueda del destino  
y viértense del carro en el diurno camino  
las ánforas de fuego, las urnas de armonía.

Hundámonos en ese mar vasto de éter puro  
en que las almas libres del cautiverio oscuro  
de la sombra, celebran el divino poder

de cantar. Tal será nuestra eterna retórica.  
En tanto suena la música pitagórica  
y brilla en el celeste abismo Lucifer.

## **Danza elefantina**

Oíd, Cloe, Aglae, Nice,  
es singular.  
El elefante dice:  
Voy a danzar.

Lleno de filosofía  
tiene el testuz,  
la trompa es sabiduría,  
los colmillos, luz.

Las formidables orejas  
gravedades son  
muy llenas de cosas viejas  
y de erudición.

Cuatro patas misteriosas,  
pues no vienen sin  
haber chafado las rosas  
de griego y latín,

van a trenzar unas danzas  
que son la verdad,  
los ensueños y esperanzas  
de la humanidad.

¿El elefante está enfermo?  
¿Harto de laurel  
indico está el paquidermo  
rehúso al rabel?

Basta pesadez le sobra  
para la función;  
y danza mejor la cobra  
de la flauta al son.

Ninfas, danzad. El alisio  
besa vuestros pies.  
El virtual don de Dionisio  
con vosotras es.

Oíd, Cloe, Nice, Aglae,  
toda mi ciencia es amor:  
Y en mis danzas se distrae  
mi maestro el ruiseñor.

## Interrogaciones

¿Abeja, qué sabes tú,  
toda de miel y oro antiguo?  
¿Qué sabes, abeja helénica?  
—Sé de Píndaro.

—León de hedionda melena,  
meditabundo león,  
¿sabes de Hércules acaso...?  
—Sí. Y de Job.

—Víbora, mágica víbora,  
entre el sándalo y el loto  
¿has adorado a Cleopatra?  
—Y a Petronio...

—Rosa, que en la cortesana  
fuiste sobre seda azul,  
¿amabas a Magdalena?...  
—Y a Jesús...

—Tijera que destrozaste  
de Sansón la cabellera,  
¿te atraía a ti Sansón?  
—No. Su hembra...

—A quién amáis—, alba blanca  
lino, espuma, flor de lis,  
estrellas puras, ¿a Abel?  
—A Caín.

—Águila que eres la Historia,  
¿dónde vas a hacer tu nido?

¿A los picos de la Gloria?...

—Sí. ¡En los montes del olvido!

## Los piratas

Remacha el postrer clavo en el arnés. Remacha  
el postrer clavo en la fina tabla sonora.  
Ya es hora de partir, buen pirata, ya es hora  
de que la vela pruebe el pulmón de la racha.

Bajo la quilla el cuello del tritón se agacha  
y la vívida luz del relámpago dora  
la quimera de bronce incrustada en la prora,  
y una sonrisa pone en el labio del hacha.

La coreada canción de la piratería,  
saludará el real oriflama del día  
cuando el clarín del alba nueva ha de sonar

¡glorificando a los caballeros del viento  
que ensangrientan la seda azul del firmamento  
con el rojo pendón de los reyes del mar!

## Rubén Darío



Félix Rubén García Sarmiento, conocido como Rubén Darío (Metapa, hoy Ciudad Darío, Matagalpa, 18 de enero de 1867-León, 6 de febrero de 1916), fue un poeta, periodista y diplomático nicaragüense, máximo representante del modernismo literario en lengua española. Es, posiblemente, el poeta que ha tenido una mayor y más duradera influencia en la poesía del siglo XX en el ámbito hispánico. Es llamado príncipe de las letras castellanas.



Para la formación poética de Rubén Darío fue determinante la influencia de la poesía francesa. En primer lugar, los románticos, y muy especialmente Víctor Hugo. Más adelante, y con carácter decisivo, llega la influencia de los parnasianos: Théophile Gautier, Leconte de Lisle, Catulle Mendès y José María de Heredia. Y, por último, lo que termina por definir la estética dariana es su admiración por los simbolistas, y entre ellos, por encima de cualquier otro autor, Paul Verlaine. Recapitulando su trayectoria poética en el poema inicial de Cantos de vida y esperanza (1905), el propio Darío sintetiza sus principales influencias afirmando que fue "con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo".

Muy ilustrativo para conocer los gustos literarios de Darío resulta el volumen Los raros, que publicó el mismo año que Prosas profanas, dedicado a glosar brevemente a algunos escritores e intelectuales hacía los que sentía una profunda admiración. Entre los seleccionados están Edgar Allan Poe, Villiers de l'Isle Adam, Léon Bloy, Paul Verlaine, Lautréamont, Eugénio de Castro y José Martí (este último es el único autor mencionado que escribió su obra en español). El predominio de la cultura francesa es más que evidente. Darío escribió: "El Modernismo no es otra cosa que el verso y la prosa castellanos pasados por el fino tamiz del buen verso y de la buena prosa franceses".

A menudo se olvida que gran parte de la producción literaria de Darío fue escrita en prosa. Se trata de un heterogéneo conjunto de escritos, la mayor parte de los cuales se publicaron en periódicos, si bien algunos de ellos fueron posteriormente recopilados en libros.

Rubén Darío es citado generalmente como el iniciador y máximo representante del Modernismo hispánico. Si bien esto es cierto a grandes rasgos, es una afirmación que debe matizarse. Otros autores hispanoamericanos, como José Santos Chocano, José Martí, Salvador Díaz Mirón, Manuel Gutiérrez Nájera o José Asunción Silva, por citar algunos, habían comenzado a explorar esta nueva estética antes incluso de que Darío escribiese la obra que tradicionalmente se ha considerado el punto de partida del Modernismo, su libro Azul... (1888).

Así y todo, no puede negarse que Darío es el poeta modernista más influyente, y el que mayor éxito alcanzó, tanto en vida como después de su muerte. Su magisterio fue reconocido por numerosísimos poetas en España y en América, y su influencia nunca ha dejado de hacerse sentir en la poesía en lengua española. Además, fue el principal artífice de

muchos hallazgos estilísticos emblemáticos del movimiento, como, por ejemplo, la adaptación a la métrica española del alejandrino francés.

Además, fue el primer poeta que articuló las innovaciones del Modernismo en una poética coherente. Voluntariamente o no, sobre todo a partir de *Prosas profanas*, se convirtió en la cabeza visible del nuevo movimiento literario. Si bien en las "Palabras liminares" de *Prosas profanas* había escrito que no deseaba con su poesía "marcar el rumbo de los demás", en el "Prefacio" de *Cantos de vida y esperanza* se refirió al "movimiento de libertad que me tocó iniciar en América", lo que indica a las claras que se consideraba el iniciador del Modernismo. Su influencia en sus contemporáneos fue inmensa: desde México, donde Manuel Gutiérrez Nájera fundó la *Revista Azul*, cuyo título era ya un homenaje a Darío, hasta España, donde fue el principal inspirador del grupo modernista del que saldrían autores tan relevantes como Antonio Machado, Ramón del Valle-Inclán y Juan Ramón Jiménez, pasando por Cuba, Chile, Perú y Argentina (por citar solo algunos países en los que la poesía modernista logró especial arraigo), apenas hay un solo poeta de lengua española en los años 1890-1910 capaz de sustraerse a su influjo. La evolución de su obra marca además las pautas del movimiento modernista: si en 1896 *Prosas profanas* significa el triunfo del esteticismo, *Cantos de vida y esperanza* (1905) anuncia ya el intimismo de la fase final del Modernismo, que algunos críticos han denominado postmodernismo.

La influencia de Rubén Darío fue inmensa en los poetas de principios de siglo, tanto en España como en América. Muchos de sus seguidores, sin embargo, cambiaron pronto de rumbo: es el caso, por ejemplo, de Leopoldo Lugones, Julio Herrera y Reissig, Juan Ramón Jiménez o Antonio Machado.

Darío llegó a ser un poeta extremadamente popular, cuyas obras se memorizaban en las escuelas de todos los países hispanohablantes y eran imitadas por cientos de jóvenes poetas. Esto, paradójicamente, resultó perjudicial para la recepción de su obra. Después de la Primera Guerra Mundial, con el nacimiento de las vanguardias literarias, los poetas volvieron la espalda a la estética modernista, que consideraban anticuada y excesivamente retoricista.

Los poetas del siglo XX han mostrado hacia la obra de Darío actitudes divergentes. Entre sus principales detractores figura Luis Cernuda, que reprochaba al nicaragüense su afrancesamiento superficial, su trivialidad y

su actitud "escapista". En cambio, fue admirado por poetas tan distanciados de su estilo como Federico García Lorca y Pablo Neruda, si bien el primero se refirió a "su mal gusto encantador, y los ripios descarados que llenan de humanidad la muchedumbre de sus versos". El español Pedro Salinas le dedicó el ensayo *La poesía de Rubén Darío*, en 1948.

(Información extraída de la Wikipedia)